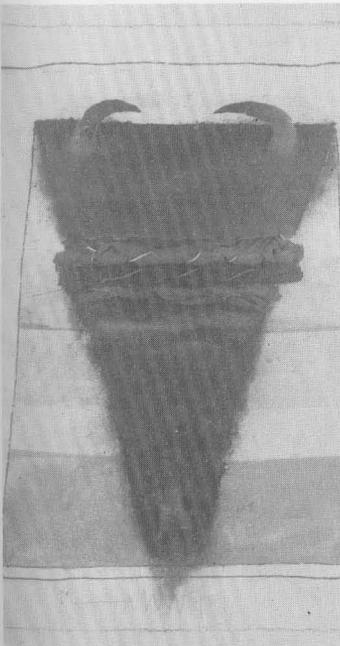


ciano de Arte Moderno, sirven de refrendo a una gestión que sin ellos hubiese sido más lenta.

Con respaldo por parte de algunas instituciones básicas y el inicial entusiasmo de un público inusualmente numeroso, al arte español se le presenta una oportunidad casi única, que puede aprovechar la existencia de una mirada atenta por parte de quienes siguen nuestro proceso de recuperación. Y a ese impulso, la respuesta dada debe calificarse de excelente. No se trata ahora de establecer con precisión en cuántos artistas se puede cifrar la participación española en acontecimientos generales, ni de matizar las posibilidades que tienen de mantenerse en los próximos años. La cuestión está en saber si existe una respuesta que

Frederic Amat. «Brau», 1975.

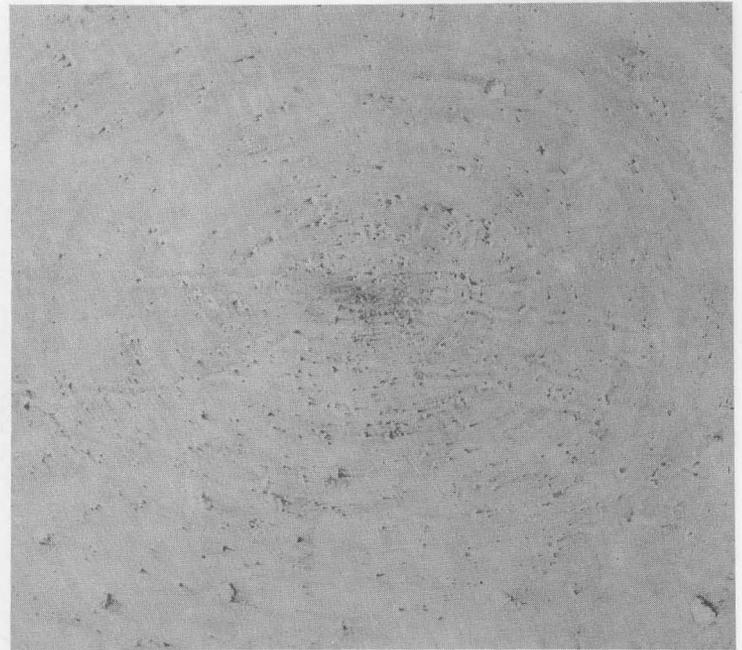


garantice continuidad; si la opción artística defiende un carácter vivo.

Placer en la pintura

Por más que restemos los porcentajes debidos a un mercado de trabajo fluctuante, lo cierto es que el incremento de vocaciones artísticas es uno de los rasgos que definen los años ochenta en España. Resulta curioso que, tras años de críticas en cuanto al posible futuro de los lenguajes tradicionales, el arranque de la década coincide con una exaltación del placer en la pintura que otorga a los regresos al taller un aire peculiarmente gozoso. Es el momento en el que proyectos como los de Albacete, Gerardo Delgado, Grau, Navarro Baldeweg, Pé-

Miquel Barceló. «Horizon d'évenèments», 1989.



rez Villalta, Santiago Serrano, Suárez o Teixidor transmiten la existencia, la viabilidad, de un espíritu distinto de aires cálidos y marcada confianza en la pintura.

Sobre ellos recae, en gran medida, la responsabilidad de establecer unas bases reales sobre las que carezcan de sentido dicotomías hasta entonces resistentes, tipo abstracción-figuración, herencia europea-presencia americana. La elección se realiza desde la pintura, y añadirle más calificativos no ayuda sino a restar su fuerza.

Poco tardamos en asistir a una ampliación de los debates. De un lado, una generación nueva, cuyos exponentes son Barceló o Sicilia, se atreve a proponer un nomadismo decidido. Para ellos, las fronteras no existen, al menos en